

La feria internacional de grabado ESTAMPA 2001

Eva Fernández del Campo

El IX Salón Internacional del Grabado y Ediciones de Arte Contemporáneo ESTAMPA, una de las citas más importantes del mundo en su género, se ha celebrado en el Recinto Ferial de la Casa de Campo de Madrid entre los días 7 y 11 de noviembre de 2001. Se trata del gran escaparate donde la obra gráfica que se edita fundamentalmente en España, aunque cada vez más en todo el mundo, se muestra al público y donde, un año más, suscita en nosotros preguntas que ya son excesivamente recurrentes sobre el sentido de las ferias de arte, sobre la obsoleta definición de la cultura visual en función de los géneros artísticos tradicionales y sobre las barreras y los límites de la propia gráfica; cuestión, ésta última, que sirvió de hilo conductor a Rafael Canogar, Alberto Corazón, Enrique Ortíz y Luis Gordillo en uno de los coloquios que tuvieron lugar con motivo de esta celebración, y que muchos artistas representados planteaban con sus obras multimedia o en soporte digital.

Quizá uno de los aspectos de la feria que más sorprenda en una primera ojeada es la falta de correspondencia entre lo que se anuncia y lo que se ofrece: ESTAMPA se publicita en los medios como el lugar donde uno puede adquirir una obra original a un precio asequible, pero al llegar se encuentra que, junto a la oferta de grabados originales, se exhiben (en abigarrado montón, como es propio de las ferias) cuadernos, cajitas, instalaciones, esculturas, obras multimedia y obras de arte digital que contribuyen, más si cabe, a acentuar esa sensación de saturación y de aturdimiento que va íntimamente ligada a un evento de estas características y que, no nos queda más remedio que hacernos a la idea, es inseparable de él y por tanto inevitable. Es muy difícil, al entrar en una feria de arte, no tener ganas de salir corriendo y no identificar la experiencia con la odiosa visita a unos grandes almacenes en plena campaña navideña. La habilidad de cada uno para sobrevivir y ser capaz de entrever algo es muy variable, y los hay que siguen el viejo truco de la gastronomía mexicana: la clave para poder disfrutar del picante no está en creer que las cosas dejan un día de picar, sino en aprender a disfrutar del picor: en «enchilarse». En una feria de arte uno puede optar por enchilarse, por hacer las veces de derviche y dejarse vapu-

lear y aturdir para, en medio de la confusión, ser capaz de vislumbrar esas obras a través de las que los artistas nos devuelven una imagen limpia, serena y a veces genial de nuestro mundo. Superado el primer vértigo, ESTAMPA ofrece muchas cosas de interés al público, y la primera de ellas es la propia reflexión sobre la importancia del grabado para comprender la problemática del arte actual, porque el grabado ha supuesto una auténtica revolución en el mundo del arte y está en el origen mismo de la cultura visual de masas y del proceso de disolución del objeto artístico y del aura mágica que lo rodeaba. El nacimiento del comercio trajo consigo, ya desde la Época Moderna, el germen de esta transformación que dio lugar a la multiplicación del número de imágenes y, por tanto, a la quiebra del antiguo valor que tenían como objetos casi mágicos, identificados durante milenios con la propia imagen del mundo. El desarrollo de los avances científicos que permitieron difundir y transmitir a mayor velocidad y más lejos las obras de arte (el grabado, la fotografía, el cinematógrafo y los medios de comunicación de masas) dieron nacimiento a uno de los conceptos claves para entender la nueva naturaleza de la cultura visual contemporánea: lo que Walter Benjamin llama en sus *Discursos Interrumpidos* la «reproductibilidad». El origen de esta revolución, que se manifiesta plenamente en la época contemporánea, hunde sus raíces en la difusión del grabado xilográfico en Europa a partir del siglo XV, pero cobra forma definitiva con el desarrollo del grabado en cobre y el aguafuerte, que permitirán la reproducción masiva de imágenes y que contribuirán de forma decisiva al desarrollo del periodismo ilustrado.

El afán científico y compilador de la Ilustración verá acelerarse el fenómeno de la reproducción de imágenes y jugará un papel decisivo en el triunfo de este género. Precisamente, la edición de ESTAMPA de este año nos ha permitido contemplar una muestra interesantísima de grabados del siglo XVIII procedentes del gabinete de estampas del Museo de América de Madrid. La muestra comprendía toda una serie de grabados realizados a partir de los dibujos hechos por los geógrafos, naturalistas y científicos que formaron parte de varias expediciones organizadas desde Europa, con especial protagonismo de la conocida como «expedición Malaspina», en la que el marino siciliano así llamado realizó un viaje de exploración al servicio de la corona española alrededor del planeta entre 1789 y 1794. La difusión del conocimiento científico que promueve el espíritu ilustrado irá acompañada de toda una serie de avances técnicos que lo harán posible (como las prensas de hierro, la prensa de vapor, o nuevas técnicas de grabado como la litografía); las estampas resultantes de estos nuevos métodos se podrán, además, difundir a gran velocidad por el mundo gracias a las nuevas comunicaciones.

Al permitir obtener muchas copias idénticas de la misma obra a un coste reducido, el grabado ha supuesto una alteración definitiva en el mundo del arte y, precisamente por acabar con el carácter de exclusividad de la obra, ha hecho que algunos lo descalifiquen e incluso lo tachen de mirada ajena a lo artístico. Para otros, sin embargo, esa reproductibilidad es precisamente el germen del arte moderno, un episodio fundamental en la historia del arte, que no sólo responde a un cambio en el gusto sino, sobre todo, a una realidad más profunda que es el nacimiento de la cultura visual de masas. ESTAMPA aún en su espacio expositivo estos dos aspectos que son propios de nuestra cultura visual: representa, por un lado, la expresión de la mercantilización del arte y por otro lado, nos ofrece la excelencia de algunas obras que escapan al pulso de la demanda. Como certamen comercial que es, obliga a los galeristas a estar ahí, a medirse, a fijar precios, a exhibirse. Según el comisario de la feria, que el año pasado reunió alrededor de 2000 artistas y más de 10.000 obras originales, propició ventas por valor de 1275 millones de pesetas y atrajo a más de 300.000 visitantes. Gran cantidad de estos visitantes acudieron seducidos por la publicidad que los organizadores se encargan de difundir: la posibilidad de comprar un Picasso, un Calder o un Delaunay por un precio asequible porque, como asegura la propaganda del evento, ESTAMPA es «Arte Contemporáneo al alcance de todos»; ese afán de popularizar la obra de los artistas hace que en ocasiones se infravalore la capacidad del público y que se hagan cosas como llamar la atención sobre la exposición de una obra como el *Diario* de Herwig Zens anunciándola como «lo que puede ser el grabado más grande del mundo»; la magnífica obra de este profesor de la Escuela de Bellas Artes de Viena que hemos tenido ocasión de contemplar en ESTAMPA resulta sorprendente no por su tamaño (que, sin duda, es lo más obvio) sino por su complejidad técnica, por el sorprendente efecto de la unión de las planchas de cobre trabajadas al aguafuerte y aguatinta y porque representan el hilván de toda una vida, anotada día a día; una obra viva, que hoy cuenta con 400 tiras, pero que sigue creciendo y evolucionando junto a su autor. Tampoco hace falta pensar en el tamaño o el precio para poder disfrutar dándose un paseo por algunas de las galerías, que, dedicadas desde hace años al grabado, ofrecen siempre una muestra cuidadosamente seleccionada de este arte: La Caja Negra, con obra de Miquel Barceló y con la mágica sencillez de los cobres de Joan Hernández Pijoan, Brita Prinz, con la obra de Jesús Nuñez (un maestro y uno de los artistas españoles que más dominan las distintas técnicas del grabado), Hispánica de Bibliofilia, que ofrece un año más grabados de Clavé, o Estiarte con obra de Broto y Sicilia.

También ESTAMPA nos ha ofrecido dos interesantes exposiciones de artistas españoles: una retrospectiva de Rafael Canogar, que permitió con-

templar obras que abarcan desde su periodo como miembro del Grupo El Paso (unas litografías que representan trazos caligráficos en negro, muy líricas y gestuales), pasando por litografías de tema social tomadas de sus series *La Violencia* y *The Earth*, editadas en Los Ángeles en 1969, que plasman el drama de la dictadura franquista, hasta las obras abstractas de los años setenta y noventa. Otra exposición monográfica muestra una selección de las últimas ediciones del escultor Amadeo Gabino, con estampas de las que Manuel Vicent habla como de «Celestes Armaduras», formas de aluminio que navegan por el vacío, fantasías metálicas ingravidas, como trajes de cosmonautas, que nos ayudan a evadirnos de la vorágine de la feria para realizar un reconfortante e íntimo viaje espacial.

Con el CDROM de los artistas argentinos en la mano, el mundo se vuelve a desmoronar y la apretujada realidad de la feria vuelve a mostrarse, esta vez reflejada en la finísima capa de aleación metálica que convierte el disco de plástico en un espejo. El pequeño disco de falso metal, solamente decorado por una pequeña cruz blanca, se llama Sala Muerta, ¿o es la obra que tiene dentro la que recibe ese nombre? De nuevo la modernidad se presenta a incomodar con su lenguaje paradójico. Uno se va a casa con la obra de varios autores en el bolsillo, pero sin haber podido verla; tiene que salir de la feria para poder examinar lo que se ofrece en ella; tiene que bañarse en multitudes para contemplar; tiene que preguntarse dónde empieza o hasta dónde llega lo que uno ha venido a ver; tiene que vacilar, aturdirse, apabullarse, jurar que el año que viene no volverá para luego volver cada año, como cuando uno jura que no volverá a encharilarse. Y es que el espíritu de la feria consiste precisamente en seguir preguntándose año tras año en qué consiste esto en realidad.